

CAPÍTULO VII

Causas y ocasión de la división religiosa de Alemania.
Controversia sobre las indulgencias.

1

Con haber á última hora cambiado prudentemente, y desistido de su resistencia contra la elección de Carlos V, preservó León X el prestigio de la Santa Sede de un sensible menoscabo; y asimismo evitó de esta manera un conflicto público con el nuevo Emperador, sin medir, á lo que parece, toda la inmensa trascendencia que tenía ésta su cautela, precisamente entonces, á vista de la revolución religiosa que se preparaba y arraigaba profundamente en Alemania (1). De una ocasión pequeña, y en sí misma insignificante, se desarrolló en breve tiempo en todo el Imperio una tormenta contra Roma, que sacudió el Pontificado en sus más firmes cimientos.

El hombre que desencadenó aquella tempestad, es una figura cual no pueden señalarse muchas otras en la Historia. Desde hace cuatro siglos vacila la imagen de este carácter en las apreciaciones de los hombres, y al presente, el acuerdo de las opiniones parece estar más lejano que en ningún otro período del tiempo pasado. Pero en un punto es menester que convengan amigos y enemigos; es á saber: que por muy importante que pudiera ser la personalidad de *Martin Lutero*, él solo no hubiera podido pro-

(1) Nitti, 224-227.

ducir la revolución que rasgó para muchos siglos la unidad de la Iglesia de Occidente. Más poderosamente que ningún otro, contribuyó él sin duda á la catástrofe del antiguo estado de cosas; pero, en el fondo, no hizo más que arrojar la tea incendiaria en el combustible que se había venido acumulando durante siglos.

El último período de la Edad Media muestra al atento observador, en Alemania, á par de una poderosa intensión de la vida y sentimientos religiosos (1), gravísimos daños eclesiásticos y morales. La luz y las sombras se hallan mezcladas por extraña manera en la extensa masa del pueblo; y los contrastes que son característicos de aquella época, se muestran con especial crudeza en el clero secular y regular (2). Al lado de la abnegación y espíritu de sacrificio, de la ardiente caridad de Dios y del prójimo, se ofrecen, por otra parte, con mucha frecuencia, las más repugnantes manifestaciones de indomable egoísmo, codicia, sensualidad y disolución de costumbres. A muchos observadores parecían estos abusos tan graves, que temían había de venir contra ellos un juicio de Dios (3). Eran una fuente de corrupción para la Igle-

(1) Además de la relación circunstanciada de Janssen (I), v. también ahora para esto las notabilísimas y fundadas exposiciones de R. Wackernagel en la *Baseler Zeitschr. für Geschichte und Altertumskunde*, II, 171 ss.; cf. también Bezold, *Gesch. der Reformation*, 90 ss.; Stieve en la *Allg. Ztg.*, 1892, Beil. 46; A. O. Meyer, 37 s., 53 s.; Müller, *Kirchengesch.*, II, 1, 159, 163 s. En una disertación sobre esta última obra (en *Harnacks Theol. Lit. Ztg.* 1898, 442) advierte Deutsch: «Aquí tenemos un diseño de las circunstancias de ese período, que, si apreciamos justamente la realidad de las cosas, sirve para la tácita corrección, tanto de las teorías é ideas de los ingenuos primeros protestantes, que veían una noche sólo interrumpida por puntos luminosos aislados, como de la glorificación de esta época, que con apasionada tendencia glorifican los católicos modernos.» A esto sólo una cosa hay que advertir, y es que la edición 18 del tomo de Janssen, único útil para la consideración científica, se tiene cuenta muy minuciosa de las partes desventajosas. Algunos críticos protestantes también han reconocido esto; así Hashagen (en la *Westdeutsch. Zeitschr.*, XXIII, 102), de cuyas demás observaciones tendré cuenta en una nueva edición de Janssen.

(2) Esta parte que sigue, estriba en los desarrollos, que el año 1897 intercalé en la edición 18 de Janssen (I, 681-743); aquí mismo hay más instrumentos justificativos y ejemplos particulares. Entre los trabajos relativos al asunto de que tratamos, que se han publicado desde entonces, hay que hacer resaltar los «*Studien zur Vorgeschichte der Reformation aus schlesischen Quellen*» de A. O. Meyer (*Histor. Litbl.*, XIV, München, 1903); para la crítica de este trabajo solidísimo, v. las advertencias de Schäfer en la *Röm. Quartalschr.*, XVIII, 105 ss.

(3) *Onus ecclesiae* c. 40; cf. Denifle, *Luther und Luthertum*, I, Mainz, 1904, 4. Los motivos que aduce Werner (*Die Flugschrift Onus ecclesiae*, Giessen, 1901)

sia alemana, ante todo, las desmedidas riquezas, las cuales, en su desordenado crecimiento, por una parte despertaban la envidia y el rencor de los legos; y por otra debían influir asimismo muy desfavorablemente en los ministros mismos del santuario. Lo peor de todo era sin duda, que estas riquezas excesivas movieron á la nobleza alta y baja á aprovecharse de la Iglesia como establecimiento donde colocar á sus hijos, de suerte que poco á poco fueron reduciendo á su dominio exclusivo todos los altos puestos eclesiásticos, especialmente los canonicatos de los cabildos catedrales. Este abuso, cuyos principios procedían desde el siglo VIII, habíase llegado á extender casi en todas partes á principio del siglo XV; y la consecuencia natural de él era, que cada día entraban en mayor número, en el estado eclesiástico, nobles sin ninguna vocación, movidos sólo por el deseo de alcanzar una *sinecura*. Estos canónigos nobles, que con frecuencia ya en edad muy juvenil y antes de recibir ningunas órdenes, reunían en su mano varias prebendas de diferentes catedrales, introdujeron en los cabildos el espíritu de aseglaramiento, de sensualidad y de avaricia; y los casos en que, principalmente los canónigos más jóvenes, dieron grandes escándalos con su conducta inmoral, eran demasíadamente frecuentes. Ese estado de los cabildos catedrales hacía temer que, precisamente dichas corporaciones, opondrían en general poca resistencia á cualquiera religiosa novedad, y que más bien la aceptarían de buena gana, con tal que pudieran conservar sus prebendas.

El haberse la nobleza apoderado de los cabildos catedrales, tenía además otro efecto por extremo pernicioso para la Iglesia de Alemania, y es, que las sillas episcopales se proveían casi exclusivamente con personas nobles, que con frecuencia no veían en sus mitras sino una fuente de poder y riqueza. Con esto se duplicaban los peligros ya encerrados en el doble carácter de los obispos de Alemania, como prelados y señores feudales. Esto sucedió todavía en mayor grado, cuando, principalmente desde mediados

en favor de la opinión seguida hasta ahora, de que el autor del notable escrito *Onus ecclesiae* fué el obispo de Chiemsee Bertoldo Pirstinger, no parecen á Clemen decisivos, y con razón (*Histor. Zeitschr.* LXXXVIII, 362). Del escrito compuesto en 1519, é impreso por primera vez en 1524 con interpolaciones antiluteranas, se deduce más bien que el autor era un religioso. Heidhues (*Annalen d. histor. Vereins f. d. Niederrhein*, LXXIX, 193) cree que era un cartujo de Colonia, y por cierto Juan Justo de Landsberg.

del siglo XV, las familias de príncipes compitieron en este proceder con la nobleza común, y procuraron, cada día con mayor éxito, la elevación de sus hijos menores á las sedes episcopales. Así que, aun cuando hubo también muy honrosas excepciones, se hizo cada día mayor en el episcopado el número de las personas totalmente aseglaradas, que en sus cortes sibaríticas, prodigaban sus copiosas rentas; mezclábanse también los obispados en las controversias y luchas de sus familias, y dejaban totalmente á los obispos auxiliares, el cumplimiento de las obligaciones del supremo cargo pastoral. Muchas fueron las quejas, que en vísperas de la revolución religiosa, elevaron algunos graves y sinceros hijos de la Iglesia, contra semejante aseglaramiento del episcopado; y entre todas se distinguen por su energía las contenidas en el notabilísimo escrito titulado: *Onus ecclesiae* (1). «¿Dónde recae la elección en un obispo hábil, bueno y sabio? se dice allí; ¿dónde, en uno que no sea inexperto, carnal é ignorante de todas las cosas eclesiásticas? Los más llegan á sus prelaturas por malos caminos; por la ambición, y no por una elección legítima. Este desorden en la provisión de los cargos eclesiásticos pone en peligro á la Iglesia. ¿Qué obispo predica aún hoy en día, ó cuál se preocupa por las almas que le han sido encomendadas? Pocas veces se halla un supremo pastor que, contento con una sola iglesia, no posea varias prebendas, ó no llegue hasta procurar apropiarse varios obispados. A esto se añade que se preocupan más de la mesa que del altar; que, ignorantes de la Teología, se dedican á las ciencias seculares. Más son señores temporales, que siervos de Cristo; cubren sus cuerpos con oro, pero sus almas con basura. Se avergüenzan de celebrar las ceremonias eclesiásticas, y buscan su gloria en cosas frívolas. Contra las prescripciones eclesiásticas, rodéanse de personas inmorales, de juglares y gente desaprovechada. Algunas veces buscan astutos teólogos y juristas de ningún peso, que por codicia tuercen el Derecho á su voluntad como si fuese cera, callan la verdad y la encubren con lisonjas. No quiero decir nada de las malditas cacerías, á que se entregan los obispos por vergonzosa manera; y además están sólo dispuestos para guerrear, aquellos que habían sido llamados á procurar la paz y la concordia. Yo conozco algunos obispos, que tienen más gusto en vestirse las armas y empuñar la espada

(1) *Onus ecclesiae* c. 20; cf. Janssen-Pastor, I^o, 701 s.; Werner, 23 s.

como caudillos militares, que en andar con el traje eclesiástico. Y así, las cosas han llegado á punto, que el estado episcopal se reduce ahora á la posesión terrena, á cuidados sórdidos, tumultuosas guerras y al señorío temporal. Ni siquiera la beneficencia ejercitan los obispos; no tienen cuidado de los pobres de Cristo, y en cambio se ceban á sí mismos, alimentan perros y otros animales, como si prefirieran pertenecer al número de aquellos, contra quienes Cristo Nuestro Señor dictará con toda razón la sentencia: Fuí peregrino y pobre y no me recibisteis; por tanto, apartaos de mí, malditos, al fuego eterno! Casi todos los obispos están contaminados con avaricia, arrebatan lo ajeno, disipan los bienes de la Iglesia; el dinero que deberían emplear en el servicio divino y en favor de los pobres, lo gastan en otros usos. Las rentas eclesiásticas no las emplean en fines piadosos, sino sólo en beneficio de sus parientes, en cómicos, aduladores, monteros, malas mujeres y personas semejantes. Aun los bienes inmuebles, los dan á sus parientes contra derecho, arrendándolos á los tales por un precio de burla, en perjuicio de sus iglesias, para ruina de la justicia y con grande opresión de los pobres. ¡Tales dilapidadores deben ser contados entre los herejes! No se celebran los sínodos provinciales y diocesanos que están prescritos, y como consecuencia, se descuidan muchos negocios eclesiásticos que necesitarían enmienda. Fuera de esto, los obispos no visitan sus parroquias en las épocas determinadas, y no obstante, les exigen graves tributos. Así es como está caída la disciplina de los clérigos y de los legos, y las iglesias sin ornato y ruinosas. Si alguna vez se celebra alguna visita, se preocupan más de lo temporal que de lo espiritual; abandonan de todo punto el cuidado de que las parroquias sean proveídas en personas á propósito.»

Por más que el autor de este escrito, en su fervor por la reforma, generalizara demasiado los defectos, está, sin embargo, demostrado por los testimonios de otros varones de sólido espíritu eclesiástico, y por hechos inequívocos, que en muchos lugares era en todo caso muy malo el proceder de los prelados alemanes, en el último período que precedió á la gran revolución religiosa.

La provisión de numerosas sedes episcopales en hijos de príncipes y nobles, olvidados de sus deberes y en nada mejores que el común de sus coetáneos del estado seglar, y la negligencia de las

obligaciones pastorales que de esto resultaba, tuvieron por natural consecuencia el extendido abandono moral y religioso, así del clero secular y regular, como de los legos; sin lo cual, sería incomprensible, á pesar de todas las circunstancias que favorecieron la catástrofe, la repentina apostasía en masa con que tan gran parte del pueblo alemán se separó de la fe de sus mayores.

Mientras varios papas del siglo XIII habían combatido todavía el monopolio que se arrogaban los príncipes y la nobleza en las iglesias de Alemania, este pernicioso abuso, no sólo fué tolerado en el siglo XV por parte del supremo gobierno de la Iglesia, sino con harta frecuencia se llegó hasta fomentarlo. El aseglaramiento y la confusión de ideas había llegado hasta tal punto en la Curia, que no parecía haber ya allí inteligencia para comprender, cuán pernicioso influjo debía ejercer el episcopado mundano en el estado general de las cosas religiosas; y aun un espíritu tan perspicaz como Eneas Silvio Piccolomini, todavía en 1457, en su defensa de la Sede Romana contra las acusaciones de Martín Mayr (1), ensalzaba como un merecimiento de la Curia el elevar de buena gana á las sedes episcopales á los hijos de los príncipes, como poco antes se había hecho en Tréveris y Ratisbona, porque un obispo de familia de príncipes debía aventajarse mucho, en pro del prestigio y de la defensa de los intereses de la Iglesia, á otro procedente de bajo estado; y colocándose en el punto de vista propio del distinguido humanista, reprende que hombres de bajo estado, por haber acaso aprendido alguna ciencia, aspiren á los obispados, y que los cabildos catedrales de Alemania, exceptuados Colonia y Strasburgo, por dominar en ellos la nobleza inferior, unida con elementos de plebeyo nacimiento, se muestran todavía poco inclinados, en general, á elegir hijos de príncipes, para no tener obispos á los que se vean necesitados á obedecer. Que no la alteza del estado, sino ante todo las cualidades morales, fueran necesarias para hacer un buen obispo; parece haberse escapado enteramente á la penetración del ingenioso sienés.

Al fin del segundo decenio del siglo XVI, cuando comenzó el trastorno eclesiástico, no sólo una larga serie de arzobispados y

(1) De ritu, situ, moribus et conditione Germaniae descriptio, en Aeneae Sylvii Piccolominei Opera, Basileae, 1571, 1045. Cf. sobre este escrito nuestras indicaciones, del vol. II, p. 415.

obispados alemanes estaban ocupados por hijos de príncipes (1), sino que varios de estos principescos obispos, como Alberto de Brandeburgo, podían, con beneplácito del Papa, reunir en su persona dos ó más obispados.

En contraposición con el alto clero, que se servía de sus rentas para entregarse á una vida sibarítica, el humilde clero parroquial no poseía ningún emolumento cierto, sino veíase reducido á los derechos de estola y á los diezmos, muchas veces inseguros, y en su pobreza, y, á la verdad, á veces también por codicia, recurría á diversas maneras de lucro enteramente incompatibles con el estado eclesiástico, y á propósito para exponerlo al menosprecio del pueblo (2). Entre las causas que producían entonces esta triste situación de una gran parte del clero, hay que considerar como una de las principales, el número excesivamente grande del clero inferior. Aun cuando, por una parte, se ha de mirar como un hermoso rasgo de la piedad medioeval, el gran número de fundaciones de misas y beneficios, no dejaba esto de tener su lado obscuro, por cuanto había una gran multitud de prebendas pequeñas que, ni podían ofrecer suficiente sustentación á sus poseedores ni darles ocupación bastante. Así en las iglesias parroquiales de las grandes y pequeñas ciudades, como en las catedrales, había, á consecuencia de esto, un excesivo número de clérigos de orden inferior; y no puede ponerse en duda que, entre esta multitud de ministros del altar, no todos tenían de antemano vocación al estado eclesiástico, ni todos encontraban trabajo suficiente (3). Muchos

(1) Cf. el resumen que he dado en Janssen, I^o, 703 s.

(2) Las misas como las *Missae bifaciatæ* y *trifaciatæ* ó la caricatura del santo sacrificio, la *Missæ sicca*, sin consagración, ni comunión, debieron en parte su extensión á la necesidad de sustento. Sobre estas y otras deformidades en el terreno de las cosas sagradas, cf. la obra fundamental de A. Franz, *Die Messe im deutschen Mittelalter*, Freiburg, 1902, 77 s., en la cual de un modo notable se ha preparado un material tan copioso como interesante. El docto autor, al ponderar los numerosos abusos, se ha guardado de hacer injustamente una pintura demasiado negra; insiste con razón, en que todos estos abusos no contrapesan el vivo sentimiento religioso y el piadoso fervor, con que el pueblo se prosternaba ante los altares, y significan poco respecto de la plenitud de la corriente de gracia, que del sacrificio del nuevo Testamento se desbordaba en millones y millones de corazones creyentes.

(3) A las obras que cité en Janssen, I^o, 704 s., hay que añadir ahora especialmente las siguientes: Bertram, *Gesch. des Bistums Hildesheim*, I, Hildesheim, 1899, 487 s.; Priebatsch en la *Zeitschr. für Kirchengesch.*, XXI, 54 ss.; A. O. Meyer, 24, 30 s., 33, 36 s.; Hashagen en la *Westdeutschen Zeitschr.*, XXIII, 111 s., y Schäfer, *Die kirchlichen, sittlichen und sozialen Zustände des*

padres eran tan faltos de conciencia, que destinaban al estado religioso ó eclesiástico, á aquellos de sus hijos que no servían para otra profesión, sólo con el fin de tenerlos colocados. La triste situación exterior, junto con la falta de una ocupación que, por lo menos hasta cierto punto, llenara su vida, hacía lo demás para extravíar, también en el concepto moral, á los muchos clérigos que no tenían vocación verdadera, y con frecuencia habían recibido una formación teológica muy deficiente (1). Aun allí donde había obispos buenos y dignos, que procuraban cumplir con sus deberes, era difícil, y muchas veces imposible, mantener el orden necesario; y si á esto se agregan las circunstancias del episcopado que dejamos descritas, se comprende que todos los abusos podían extenderse sin obstáculo.

Por extremo numerosas son, en el siglo xv, las acusaciones de inmoralidad y concubinato contra los clérigos; bien que en esta materia, no debe olvidarse que algunas expresiones de los predicadores y moralistas son evidentemente exageradas (2); que naturalmente, siempre se habla más de los daños y abusos que de las cosas normales y ordenadas (3); y que también hubo obispos de sentimientos graves y religiosos, y numerosos sínodos que emprendieron una lucha, no siempre infructuosa, así contra la inmoralidad como contra los otros males. Hubo también en Alemania regiones enteras, como las provincias del Rin, Schleswig-Holstein y el Allgäu, donde, según buenos testimonios, el clero llevaba, en su gran mayoría, una vida moralmente irreprochable (4). A pesar de todo, los malos abundaban hartos; y principalmente en Franconia, Sajonia, Westfalia, Baviera, las tierras de Austria, en especial en el Tirol, la diócesis de Constanza y en el Alto

15. Jahrhunderts, nach Dionys. Carthus. I: *Das Leben der Geistlichen* (Diss.), Tübingen, 1904.

(1) Cf. en general la parte en que se trata «Vom Geistlichwerden» (del hacerse eclesiástico) en la sátira «*Narrenschiff*» de Sebastián Brant, la cual parte se halla en Janssen-Pastor, I^o, 706 ss.

(2) También el autor del *Onus ecclesiae* cae en este defecto, al escribir (21, 9): *In Alemania me hercle pauci sunt curati qui non foetore concubinitus marcescunt*. Werner, 27.

(3) Wackernagel advierte respecto á esto, loc. cit., 269, con mucha verdad: «Lo que leemos en las crónicas, no es lo ordinario, sino lo extraordinario y raro. Los documentos oficiales las más de las veces hablan sólo de sucesos aislados; y la literatura, sobre todo la sátira, sólo puede ser testimonio histórico de un modo condicionado.»

(4) V. los testimonios en Janssen-Pastor, I^o, 709.

Rhin, lo propio que en casi todas las grandes ciudades, el clero se hallaba en estado lamentable (1). En muchas partes había un proletariado eclesiástico, que constituía un verdadero peligro para la Iglesia, dispuesto siempre á adherirse á cualquiera movimiento que prometiera dar campo á sus inferiores apetitos (2).

En los eclesiásticos que gozaban de mejor posición, se juntaba con la inmoralidad, el lujo; «los clérigos, dice un contemporáneo, se encuentran con más frecuencia en los convites, en las hospederías, en el juego y en el teatro, que en los sitios consagrados á Dios». Con razón se atribuía principalmente al abuso del derecho de patronato, ejercido por personas eclesiásticas y seglares, el que algunos hombres rudos, malos é ignorantes fueran preferidos á los sacerdotes dignos. Fuera de esto, ponderan los contemporáneos la soberbia y la avaricia, como vicios principales, con los que el clero se había hecho particularmente odioso. La avaricia contaminaba algunas veces aun á los mejores; y se hallan quejas de que, aun los clérigos instruídos, no se consagraban á los deberes sacerdotales, y procuraban sólo sacar de las iglesias provechos pecuniarios (3). La codicia del clero de todos los grados, se mostraba en el conato de elevar todo lo posible las múltiples rentas é impuestos eclesiásticos, en la caza de prebendas y acumulación de beneficios, en el nepotismo y la simonía. Además era efecto de la avaricia, el abuso de los vicariatos, por cuanto muchos poseedores de ricas prebendas no se consideraban obligados á la residencia, y mientras ellos nadaban en la abundancia y se entregaban á una vida mundana en las cortes de los príncipes y de la nobleza, dejaban encomendados sus cargos á vicarios mezquinamente retribuídos.

También los papas del siglo xv tuvieron grave culpa en este mal estado de cosas, por otorgar los cargos eclesiásticos á personas indignas ó inhábiles, y conceder con excesiva liberalidad la dispensa de la obligación de residir, y asimismo la de acumular beneficios. ¡Cuán perniciosamente debía influir el que los papas repartieran á los poco escrupulosos pretendientes de beneficios, que á millares pasaban los Alpes, prebendas, cartas expectativas

(1) Janssen-Pastor I^o, 710 s. Sobre Westfalia v. Hashagen en la *Westdeutschen Zeitschr.*, XXIII, 114 ss.

(2) Sobre esta corriente de decadencia en una parte del clero secular y regular, cf. también Denifle, *Luther und Luthertum*, I, Einl.

(3) *Onus ecclesiae*, c. 23. Cf. Werner, 29 s.

y reservas sin número, es harto evidente! El odio contra éstos que llamaban «cortesanos», era general (1); y todo ello contribuía á extender á círculos cada vez mayores, un profundo disgusto del estado de las cosas eclesiásticas, que se dirigía aun contra los mismos papas.

Además hubo de ejercer en el clero un influjo por extremo dañoso, la circunstancia de que los antiguos establecimientos de educación para los eclesiásticos, esto es, los seminarios episcopales, habían perdido casi totalmente su importancia. Por mucho que las Universidades hicieran por el cultivo de la ciencia teológica, no podían suplir suficientemente á los seminarios, como establecimientos de educación eclesiástica, por cuanto sólo concurrían á ellas la menor parte de los clérigos. Así, al lado de un alto clero bien instruído, había en las esferas del clero inferior muchos ignorantes, faltos de formación, los cuales, como lamenta Tritemio (2), no se preocupaban por el estudio de la Sagrada Escritura, y muchas veces ni siquiera sabían suficientemente la lengua latina. Verdad es que estos reproches, lo mismo que las demás acusaciones contra el clero de entonces, no deben generalizarse demasiado; pues cabalmente la acción de varones como Wimpeling, Geiler von Kaisersberg y otros, que con frecuencia se expresan con tanta energía contra los abusos, muestra claramente que al lado de los indignos, demasiadamente numerosos, se hallaban todavía muchos buenos elementos en la Iglesia de Alemania. Hasta un acusador tan acerbo de las miserias del clero de entonces como Juan Nider, previene expresamente contra la exagerada generalización de estas acusaciones (3), porque en todos los estados viven los buenos mezclados con los malos, por más que los malos siempre salten á los ojos antes que los buenos. Así como había excelentes obispos al lado de muchos indignos, hubo también por todas partes, en Alemania, tanto en el clero parroquial como en las Ordenes religiosas, muchos sacerdotes dignos y concien-

(1) Wimpeling ha pintado al Romipeta en su *Stylpho* (de nuevo reimpresso por Holstein, *Lat. Literaturdenkmäler*, VI); cf. Knepper, *Wimpeling*, 35 s.; cf. 197 s. Sobre los cortesanos alemanes en Roma, v. Kalkoff, *Aleander*, 131 s. A. O. Meyer (60 s.) indica con razón el gran papel que desempeñó en los «gravámenes de la nación alemana» la colación de beneficios por motivos puramente rentísticos.

(2) *De vitae sacerdotalis institutione*. Cf. Silbernagl, *Trithemius*, 24 ss.

(3) Cf. Janssen-Pastor, I^o, 721.